

(8) V. Röhrbacher, *Historie de l'Eglise*.

(9) En el campanario del *Sacro Convento* hallábanse, entre otras, dos campanas muy antiguas; llamábase la una *Campana de la Predicación*, y era la que tocaba a la indulgencia; tenía esta inscripción:

A. D. M. CC. XXXIX. F. HELIAS FECIT FIERI.  
 BARTHOLOMAEUS PISANUS ME FECIT CUM LOTERINGO  
 FILIO EJUS.  
 ORA PRO NOBIS, B. FRANCISCE.  
 AVE MARIA, GRATIA PLENA, ALLELUJA.

La otra se nombraba *Campana de Prima*. Hace algunos años que los religiosos han hecho fundir todas sus campanas. El repique es magnífico e imponente, pero echo de menos la vieja campana de fray Elías. ¿Quién nos dará una historia de la campana católica y de sus armonías misteriosas? (Chavín de Malán, *Historie de Saint François d'Assise*.)

(10) A fray Conrado de Ofida atribuye la leyenda esta visión.

### CAPÍTULO III

#### SAN FRANCISCO Y LA MUJER

La mujer en la Edad Media.—Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino.—La hermana espiritual de San Francisco.—Inés.—Las Clarisas.—La arrepentida de Rimini.—Filósofas y escritoras.—Las Terciarias.—La enemiga del César.—La arrepentida de Cortona.—Isabel de Hungría.—Libertad de la mujer en la fe.—Las mujeres y San Francisco.

.....  
 Aquí se realiza lo indescriptible: lo eternamente femenino nos atrae aquí.  
 .....

(Goethe, *Fausto*.)

Si las creaciones del entendimiento no han influido mucho en la mujer, las del corazón dominan pronta y enteramente. No estaba en la Edad Media vedada a la mujer la instrucción, ni causaba extrañeza que se dedicase a elevados estudios: entre los hielos del Norte, Salomea de Cracovia interpretaba la Sagrada Escritura, mientras que en el centro mismo de la vida intelectual, París, no tuvo a menos el orgulloso Abelardo, que se consideraba a sí propio el mayor filósofo del mundo, convertirse en pedagogo de una doncella de la clase media, y ponerla al corriente de

las profundidades escolásticas y primores de las lenguas doctas. Pero alejada la mujer del aula, yunque en que el martillo de la disputa afinaba las inteligencias; sujeta a su hogar y al preciso desempeño de aquellas haciendas y labores a que, en épocas de tan escasa actividad industrial, no se eximían de atender reinas y princesas; escaseando los libros, que a duras penas y con indecible trabajo se proporcionaban los sabios, carecía la mujer de estímulos que la excitasen a seguir con la mente las grandes controversias filosóficas de las Universidades, las discusiones de los Concilios y el renacimiento de las ciencias morales y políticas, que tuvo principio a la sombra de los claustros.

Mas si las escuelas y las cátedras, los cronicones y los códices, las fuentes de la ciencia griega y los trabajos de los padres de la Iglesia eran, en general, indiferentes y casi ignorados, lo mismo de la castellana, que entretenía sus veladas solitarias rellenando la tapicería o hilando el copo de lino, que de la plebeya que amasaba y cocía el negro pan o cardaba la vedija de lana burda, el incremento del fervor devoto, la aparición de las nuevas Ordenes, el esplendor del culto, interesaron grandemente al sexo femenino. Merced a la íntima relación que unía en la Edad Media los asuntos espirituales a los temporales, la fe a la política, la mujer tomó parte en las turbulencias civiles, vivió la vida nacional y religiosa de su época; y si no empuñó las armas en defensa de los güelfos o gibelinos, del Papa o del emperador, si no altercó públicamente en Oxford, en la Sorbona o en Colonia, no por eso dejaron de ocupar su voluntad y pensamiento las luchas que presenciaba. La mujer de la Edad Media se distingue de la romana, cuanto se diferencian el cristianismo y el paganismo. En la Edad Media no se cree ya la mujer ligada a pensar como el Estado en materia

de religión, ni a adorar los dioses de la patria. La convicción de sus derechos espirituales, de su alma redimida, formó las mujeres valerosas, pacientes y libres, cuyo recuerdo vamos a evocar para rendirles homenaje, al cual son más acreedoras que las Clelias y Lucrecias.

Es curioso ver cómo en una edad, tenida por bárbara en concepto de la mayoría, por semibárbara en el de los más indulgentes, no se halla rastro de hostilidad al desarrollo y cultivo de la inteligencia de la mujer. La Iglesia, maestra de doctrina, cuyos fallos eran acatados entonces, alentó con su aprobación el vuelo del entendimiento de mujeres ilustres, que en la soledad monástica especulaban sobre altos dogmas y misterios, recorriendo el camino que con tanta gloria pisó nuestra doctora de Avila. Hildegarda, venerada por San Bernardo y por numerosos Pontífices, recibe consultas de arzobispos, de reyes, de comunidades religiosas, de doctores, sobre difíciles lugares teológicos; admiran sus escritos henchidos de ciencia y sabiduría, y sus explicaciones de la Encarnación y de la Trinidad (1). Margarita Colona obtiene renombre por gran latina y versada en las Escrituras; Angela de Foligno se entrega a hondas especulaciones metafísicas, acerca de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo; la beata Elena de Padua tiene revelaciones arcanas y altísimas; y penetra tanto en los abismos de la Trinidad Clara de Montefalco, que al abrir su cadáver piensa la devoción hallar depositada en sus vísceras portentosa prueba del misterio. Así ardió la luz de la teología en almas femeninas tan puras como vasos de alabastro.

Es verdad que a principios del siglo XIV el Concilio ecuménico de Viena hubo de anatematizar ciertas devotas llamadas Beguinas (2), por sus continuas disputas e investigaciones teológicas: mas no se fundaba la condena en el sexo de las disputadoras.

ras, sino en las erróneas conclusiones que sustentaban. Fueron condenadas como otros muchos sectarios, no por pensar, sino por errar pensando. Dada la intensidad del sentimiento religioso en la mujer y la viveza de su fantasía y mente, no era natural que el sexo menos docto se librara del contagio de doctrinas que subyugaban a inteligencias fortificadas por la dialéctica y el método en los estudios: antes al contrario, la mujer hubo de abrazarlas con mayor ardor, si cabe, que el hombre. Los novadores y visionarios que de tiempo en tiempo aparecían, Tanquelino (3), Eon de la Estrella, Segarello, no hallaron prosélitos más entusiastas ni más ciegos secueces que las hembras. Particularmente ejercieron fascinación en la mujer las herejías que presentaban carácter a la vez misterioso, práctico y sentimental. Un doctor, arguyendo con sutileza y minando el dogma, puede influir en el entendimiento de los sabios; pero un iluminado que predica en las esquinas o enseña en conciliábulos secretos, con ritos peregrinos y extraordinarios, señorea el corazón y la fantasía, exuberantes en el pueblo y la mujer. Por eso se advirtió que en la mujer y en las clases populares arraigaba y cundía la orgullosa mendicidad valdense y el panteísmo místico de los begardos, mientras tardaban en comunicarse los errores albigenses, más metafísicos, y entre cuyos defensores se contaban tantos hombres doctos, tantos grandes y poderosos de la tierra. Seducían a la mujer, más que los razonamientos, las acciones; y el demacrado rostro de un fanático, las ceremonias de la iniciación celebradas en alguna cueva tenebrosa, las extravagantes penitencias, las vagas teorías, más creídas cuanto menos razonadas, eran cebo de la curiosidad y señuelo de la imaginación de las sectarias. Algunas perecieron en la hoguera sin retractarse, con extraña tenacidad y feroz valentía.

Si en tanto grado agitó a las mujeres el tempestuoso oleaje de la devoción independiente, ¿qué mucho que la arrastrase la corriente mansa, pero fortísima, de Asís? ¿Quién reunió más dotes que San Francisco para cautivar a seres dotados de sensibilidad y ternura, si puede decirse que en él encarnó ese elemento inefable que eleva las almas a las esferas celestes, y que Goethe llama *lo eterno femenino*? La vida maravillosa de Francisco, su caridad abrasada, que comprendía a todos los seres, su afectuosa comunicación con la Naturaleza, los prodigios que por él y en él obraba el amor, la poesía inefable de sus menores actos, eran llamadas y atractivos para los corazones ardorosos, que abundan en el sexo femenino, por más que no sean patrimonio exclusivo de él.

La primera tórtola que acudió al dulce reclamo fué Clara Sciffi, hija de los condes de Sassorosso. Seguramente antes de que la noble virgen se arroja-se a los pies de Francisco, había hecho éste correr con su voz lágrimas de contrición por hermosas mejillas, y no pocas damas, con la frente supultada en los cojines de terciopelo del reclinatorio, habían sentido ímpetus de cubrir su cuerpo con el sayal y ceñir su talle con la cuerda del milagroso penitente. Pero Clara, obedeciendo al divino impulso, ganó el puesto de hermana espiritual de Francisco (4), y, según bellamente la nombran los cronistas de la Orden, de estrella matutina del firmamento franciscano.

Llevaba Clara, como Francisco, un nombre nuevo y nunca hasta entonces usado, a causa de haber sido la condesa de Sassorosso confortada en las angustias de la preñez por una voz que la dijo: "Mujer, no temas, que parirás luz que ilumine el mundo." La condesa llamó *Clara* al fruto de sus entrañas. La niñez y adolescencia de Clara corrieron contemplativas, perfectas, libres de los combates y tentaciones que asaltaron a Santa Teresa en edad juvenil. Ele-

gida para que la saludase la Iglesia con el título de *Matri Dei vestigium* (imagen de la Madre de Dios), nunca un soplo de concupiscencia agitó la límpida superficie de su alma. Volaba la fama de Francisco desde Umbría a toda Italia, cuando los padres de Clara pensaron en que la mocedad de su hija pedía bodas, y la propusieron para esposo un hidalgo de la ciudad misma de Asís. Entonces meditó Clara en su destino y vocación. No se sentía dispuesta a nupcias terrestres: procuró celebrar algunas entrevistas con Francisco, y descubrirle su horror al matrimonio, sus aspiraciones a estado más perfecto. Francisco acogió con júbilo a la paloma guía que anunciaba la llegada del bando. La amaestró muy bien en lo que había de hacer, y Clara se despidió gozosa y resuelta.

El Domingo de Ramos acudían los moradores de Asís a la misa y bendición de las palmas, y causaba admiración la bizarría de Clara, que entre las demás jóvenes de la nobleza caminaba al templo. Habitadas las gentes a verla con modesto continente y sencillo traje, se sorprendían mirándola tan engalanada y hermosa, con rico vestido y joyas magníficas. En el momento de la distribución de las palmas las otras damas se agolparon al presbiterio, y Clara tímidamente se quedó atrás; visto lo cual por el obispo descendió las gradas, yendo a colocar la palma en manos de la doncella; y el movimiento que en la iglesia promovió este incidente, se convirtió en estupor al advertir que el ramo amarillo y seco se vistió de verdor al asirlo Clara.

Cuando vino la noche de aquel día abandonó Clara silenciosamente la casa paterna, acompañada sólo de Bona Guelfucci, parienta entrada en años que ya la había escoltado en sus visitas a Francisco. Salieron al campo por una poterna del palacio, obstruída tiempo hacía con escombros y trozos de sillar, que

Clara apartó con sus débiles manos. A paso ligero se encaminaron ambas mujeres a la iglesia de la Porciúncula. Hallábase ésta iluminada como para fiesta solemne; entonaban Francisco y sus hermanos el rezo de laudes. Al entrar Clara se quitó el manto negro, y se dejó ver con el propio atavío ostentado por la mañana en la bendición de las palmas. Resplandecían a las luces de los cirios el oro y brocado de su rozagante brial, las pedrerías de sus orejas y garganta. Postrada ante el altar comenzó a arrancarse y a arrojar en los escalones los joyeles, a destrenzar de su cabello las perlas, a desprender las flores que engalanaban su cabeza gentil. La mata de pelo blondo y rizo se tendió por sus hombros, como la mies dorada por el llano, y un momento después rechinaron las tijeras entre aquellas suaves ondas, y Francisco cogió la perfumada crencha a los pies de la Virgen. En seguida, quitadas las galas, vistieron a Clara de túnica grosera y lisa, la cuerda de nudos, los velos, blanco el uno como la pureza perenne, negro el otro como la soledad perpetua. Y mientras la joven desposada de Cristo pronunciaba los votos eternos, los franciscanos cantaban regocijadamente el epitalamio de las divinas bodas.

Tan pronto como se advirtió la desaparición de Clara y lograron sus parientes indagar su paradero, dirigiéronse al convento de Benedictinas, en que provisionalmente la había albergado Francisco, propuestos a disuadirla de su resolución y sacarla del claustro, de grado o por fuerza, al rehusar Clara acompañarles de nuevo al siglo. Entonces la mocita de diez y ocho años se alzó el velo, mostrándoles en su cabeza la tonsura, y cogiéndose al altar con sobrehumana fuerza, reclamó la independencia espiritual del cristiano, que no puede ser por nadie coartada. El respeto al ara y a los santos votos detuvo a los airados parientes, que dejaron a Clara; pero en breve

se renovó la batalla, con causa reciente y distinta. Tenía Clara una hermana menor, Inés, que sabedora de la resolución de la mayor, a poco más de dos semanas se fué a acoger a Clara, con propósito de adoptar la misma vida. La familia de Sciffi, que de mala gana sufría la pérdida de la prudente y discreta Clara, montó en cólera desmedida al ver desaparecer del palacio señorial a la cándida Inés, cuya presencia, a modo de sonrisa de la aurora, lo alegraba y embellecía. Uniéronse los deudos de los nobles linajes de Fiume y Sciffi, y capitaneados por Monaldo, tío de las jóvenes novicias, se dirigieron al monasterio de Santo Angel, no ya con ánimo de rogar, sino con furioso denuedo, propuestos a atropellar por todo y traerse a Inés si el mundo entero lo es-torbase. No se atrevieron las Benedictinas de Santo Angel a cerrar las puertas a la armada tropa, la cual, habiendo penetrado hasta la celda de las dos hermanas, arrancó a Inés trémula y llorosa del seno de Clara y se la llevó como robada, no sin mesarla los cabellos y golpearla el rostro con la característica rudeza de aquellos tiempos. Clara entretanto se había puesto en oración. Al llegar a la mitad del camino se aflojaron un tanto las manos de los raptos, e Inés, con no vista presteza, se arrojó al suelo, determinada a dejarse hacer pedazos más bien que seguir adelante. Probaron a alzarla entre todos, pero hallaron que su esbelto cuerpo era de un peso tan grave y extraordinario, que los esfuerzos unidos de doce hombres no bastaban a moverlo. Llamaron en su ayuda a algunos viñadores que allí cerca trabajaban, y los robustos gañanes, sudorosos y rendidos, desistieron de la empresa, no sin exclamar entre risueños y atónitos:—"A fe que para que pese tanto la niña, debe de haber comido plomo toda la noche" (5).— Irritados de su impotencia, los parientes desahogaron la rabia pegando nuevamente a Inés: Monaldo,

más déspota que ninguno, alzaba ya el puño cerrado para descargar un golpe, acaso mortal, sobre las sienes de la niña, cuando se detuvo exhalando un aullido: horrible dolor acababa de paralizar su mano. Huyeron todos despavoridos, a tiempo que Clara llegaba para intervenir en la bárbara escena. Antecogió a la cordera casi exánime y mordida de los lobos, y fué sosteniéndola hasta el monasterio, donde a poco pronunciaba Inés los votos deseados.

Eran ya dos las mujeres consagradas a la penitencia bajo la regla de Francisco, y éste resolvió alojarlas en San Damián, la ermita por él construída, nido cuyas pajas había juntado, por decirlo así, una a una. Allí tuvo su cuna pobre la Segunda Orden franciscana, cuyo rápido incremento sabremos en breve (6). Francisco nombró a Clara primer abadesa. Antes de hablar de la Orden, terminemos la historia de su fundadora. Es la de un alma ya sumergida en celestes delicias, ya abrumada por cargos y responsabilidades que desempeña y arrostra con tino y firmeza varonil. Para entender cómo seguía Clara las huellas de Francisco, baste decir que era su cilicio áspera piel de jabalí, o recia estera de crin de caballo; que salaba las verduras con ceniza, y con llanto ablandaba el pan; que tres días por semana se abstenía de probar bocado, siendo preciso que el obispo de Asís la ordenase tomar, cuando menos, onza y media de sustento a cada sol; que dormía en las frías losas, con un leño por cabecera; que iba descalza en invierno, y que lavaba humilde los pies a sus monjas, besándolos al enjugarlos. Divulgada la fama de su santidad, los paisanos del valle de Espoleto invocaban a la virgen Clara para curar a epilépticos y energúmenos, y su nombre libraba a la pastora o al viajero extraviado de las manadas de lobos, merodeadores de las montañas. Mientras la simplicidad de los campesinos honraba así a la her-